

las propias prácticas sociales; lo que lleva poco a poco a una creciente necesidad de autoafirmación en una superioridad imaginaria.

Podemos concluir aquí que la división sexual del trabajo es tan diferente entre las culturas aymaras y quechua que las tareas culturales de las mujeres también se diferencian mucho. Este hecho impide una identificación inmediata entre mujeres quechuas y aymaras en el ámbito cotidiano y cultural alrededor del trabajo en la producción agropecuaria, la crianza de animales menores y la preparación de alimentos.

Esta falta de identificación con las tareas cotidianas entre las mujeres quechuas y aymaras produce tal cuestionamiento de identidad en las aymaras que su reacción es no solamente de decepción, sino de desesperación. La coincidencia de las tareas femeninas en la división sexual aymara con las tareas productivas de los hombres quechuas, las lleva a una identificación mayor con el supuesto punto de vista masculino del hombre quechua que debe considerar a la mujer quechua como floja (58), lo que -evidentemente- impide la solidaridad de las aymaras con las quechuas. Así las aymaras se refugian en un sentimiento de superioridad frente a las quechuas, mediante su reafirmación en el trabajo, y se alían con el lado más fuerte, dominante y en ventaja: el de los hombres quechuas. Como consecuencia, ellas valoran cada vez menos otros aspectos de la vida femenina quechua: la crianza de los hijos (61), la producción de la vestimenta (60), el aseo de la casa, la crianza de los animales menores (64/66), etc.

#### La "poca" eficiencia de las quechuas

"Sus hijos también nos han puesto tristes, tienen ropitas totalmente viejitas. En cambio, aquí, nuestros hijos están bien vestidos, aunque remendados; pero allí, en Cusco, ni siquiera están remendados" (59).

"Ahí había estado tejiendo. La mujer estaba tejiendo frazada y el hombre estaba tejiendo *awayu* (*liklla* en quechua); pero su forma de tejer es muy diferente a la nuestra; se parece a la época de los incas. Tejen sin estaca, nomás" (60).

"Hemos visto mucha tristeza, porque hasta los menores de edad tenían sus hijitos. Era una pena, realmente. Los niñitos pequeños están sin buenas ropitas, todos cochinos, sin peinar; así, todo era una tristeza. Las señoras se lo cargaron a los niñitos de 6 a 7 meses, así sin pañales, en la manta" (61).

"Una señora tenía que cuidar a como 10 niños y sus madres se dedicaron a jugar solamente. Los niños lloraban bastante" (62).

"Tienen sus hijos enfermos y desorientados por falta de cuidado de las madres" (63).

"Crían sus animalitos en la misma casa, sus hijos casi no tienen ropa" (64).

"Los niños viven en la casa como animales" (65).

"Creo que esos cuyes dejan bastantes pelos y con eso se pueden enfermar los niños" (66).

Bajo la perspectiva de superioridad de quienes son más trabajadoras y ricas, las aymaras interpretan las costumbres de crianza de los hijos y la producción de la vestimenta desde un punto de vista maternalista, tal cómo los ricos ven a los pobres: con tristeza y pena (61). El tejido no es bueno (60), es simple, no llega a tener la calidad del tejido de los aymaras (ganaderos). Los niños son descuidados por sus madres, están enfermos y lloran bastante, porque sufren (62/63). Las madres son irresponsables, porque solamente juegan y no cuidan a sus hijos (62), que son las víctimas de su maldad: los tienen como animales, sucios, desatendidos, sin pañales y sin peinar (61).

La diferencia entre una sociedad ganadera y otra agrícola se hace cada vez más evidente: el tejido y la confección de la propia ropa son habilidades vinculadas a una sociedad ganadera donde se produce la lana. Por otro lado, la crianza de animales menores es poco practicada en la sociedad aymara, y es propia de una sociedad agrícola como la quechua.

Las costumbres de crianza y cuidado de los niños en el contexto agrícola son demasiado diferentes para poder ser aceptados con facilidad por las

aymaras, que no comprenden estas costumbres que consideran dañinas para los niños. Es interesante que aquí la desubicación, por la falta de contacto con el medio ambiente, el clima y la organización social cusqueña, es tan grande, que las tareas específicas de las mujeres quechuas no logran ser vistas en este contexto. La única explicación posible sería la falta de voluntad de las madres quechuas, derivada de su pobreza (67/68).

“La mujer se queda todo el día en la casa y no sale. Parece floja... Falta orientación en higiene personal y limpieza en el hogar” (67).

“Ellas son muy pobres de ropas, pero son cariñosas...(68).

“Yo pienso que de tanto tomar cerveza, como ellos hacen, seguramente se han vuelto así...(69).

El resultado es una cadena impresionante de prejuicios: las mujeres aymaras suponen que los hombres quechuas deben considerar flojas (67) a sus mujeres y que solamente la pobreza y la falta de orientación (67), el alcoholismo (69) y la incapacidad de trabajar seriamente y de tejer bien, pueden explicar este estado de cosas. La pobreza y el atraso impiden que las mujeres quechuas asuman sus tareas con responsabilidad y eficiencia. Dan pena, pero son cariñosas (68).

Aquí se resalta la relación afectiva entre las quechuas y aymaras durante el intercambio cultural que termina por salvar un poco este panorama de prejuicios turísticos y de opuestos.

Otras signos de atraso, para los aymaras, son los siguientes:

“Caminan de puro pie nomás” (69).

“Había sido lejos. Hemos pasado por unas laderas muy feas...”(70).

“Ellas dicen que de las comunidades se vienen a pie al Cusco” (71).

“Sus casas están en las puntas del cerro con los eucalipto.

Casi no se ven las casas” (72).

“...hay casas a lo lejos.” (73).

“Su local había tenido techo de paja” (74).

“Todas las casas son de paja. No hay ni un techo de calamina” (75).

“Sus casas son de tejas” (76).

“Existe mucho analfabetismo, muchas personas no hablan ni entienden el castellano, la mayoría habla quechua” (77).

“Tienen muchos hijos, parece que no se dan cuenta de nada, por falta de educación, que es la base fundamental para todo” (78).

“Pero como no tiene educación, al menos ellas deben lavar su ropa, pero no lavan su ropa y son desordenadas.

Aquí nadie camina así...” (79).

“Las jovencitas de 15 años tienen sus hijitos” (80).

“Las cusqueñas sólo usan faldas con cintas” (81).

“Ellas no conocen el precio de sus productos...” (82).

En resumen se puede decir que los siguientes elementos son asociados al atraso: casas pequeñas (44), lejanas (72), aisladas y dispersas (73); muchas personas que viven juntas en una sola casa -un solo cuarto- (44); falta de ropa (68), falta de tierras (17), falta de pasto para ganado (8); cultivar los cerros (14); falta de educación y orientación (67); techos de paja o tejas en vez de calaminas (75); caminar a pie en vez de movilizarse en camión o bicicleta (60/70), no hablar el castellano (hablar el quechua) (77); la vestimenta sencilla en vez de las polleras elegantes (81); tener muchos hijos (78), ser madres muy jóvenes (80), no conocer el precio de sus productos en el mercado (82), etc. Hasta el paisaje con laderas feas (70) significa atraso.

La autoafirmación en la propia identidad cultural, de ser ganaderos y de vivir en un espacio plano con otro clima; de tener mayor vinculación con el mercado y de vestir bonito con polleras finas; de vivir en familias nucleares, cada cual en su casa con techo de calamina; de movilizarse en bicicleta, moto o camión en vez de caminar mucho y de tener hijos más tarde, es concebida como una sociedad más avanzada, rica y moderna que la quechua.

La dificultad de identificación en el espacio cotidiano entre las culturas quechua y aymara, desaparece cuando se trata de problemas de subordinación a la cultura dominante. Se identi-

ficaron los siguientes aspectos:

La relación con el mercado, a pesar del mayor acceso de las aymaras a él con relación a las quechuas, es considerado como un problema común, por la dificultad con los comerciantes y el intercambio desigual:

“No tienen mercado. Los comerciantes se aprovechan, pagan lo que quieren” (83).

“Dicen que muchos comerciantes son de Puno y Juliaca” (84).

“Los comerciantes van a las comunidades a comprar papas; se llevan por saco de las mismas chacras. Venden sus productos a precios muy bajos. El comprador fija el precio” (85).

“A su comunidad van los comerciantes a comprar sus productos. Ellas no saben en cuánto está una arroba, sino que venden por sacos nomás” (86).

“Los comerciantes compran de las propias comunidades a los precios que quieren. Eso no alcanza para comprar ni la ropa de sus hijos” (87).

“No producen suficiente para vender, sólo para ellas. Recogen de sus chacras, sólo para consumir” (88).

“Todos nuestros productos han bajado y no nos alcanza para nada, tanto aquí para nosotras, como para las hermanas del Cusco” (89).

La identificación entre aymaras y quechuas aumenta: en algunos casos son incluso los mismos comerciantes de Puno y Juliaca que las engañan (84). Los productos agrícolas y ganaderos no tienen precios justos (89). Sin embargo la oposición se mantiene, porque mientras las quechuas no saben el precio de sus productos (86) las aymaras sí lo conocen.

La falta de acceso de las mujeres a la educación formal es otro aspecto de identificación:

“Recién las mujeres comienzan a educarse. Son analfabetas, no saben firmar, recién hay escuelas. Falta educación desde chicas”(90).

“También a nosotras nos falta la educación. Casi antes no había escuela, por eso no sabemos algunas ni firmar siquiera”(91).

Finalmente, la organización gremial y de mujeres campesinas para lograr reivindicaciones ante el Estado y mayor reconocimiento social, es otro punto de identificación:

“Se habían organizado bien unidos, hombres y mujeres en esta federación” (92).

“Nos organizamos para que las quechuas y las aymaras no estemos abajo y para que nos escuche el gobierno a las mujeres campesinas” (93).

“Luchamos para que no suban los productos y para seguir adelante; eso es igual en Puno y en Cusco” (94).

“Tenemos una sola necesidad. Porque nosotras podemos perder el miedo y todas las mujeres podemos hablar” (95).

Al momento de identificar las razones para la subordinación de la mujer quechua, las mujeres aymaras coincidieron en que el factor educación es el determinante.

En resumen, se puede afirmar que a pesar de la óptica aymara, que analiza su experiencia por oposición frente a la cultura quechua, considerándose como más rica y avanzada, pretendiendo cierta preeminencia, al momento en que se compara la relación de ambas culturas con la cultura dominante la identificación es inmediata, y ambas culturas dominadas son vistas en la misma situación y a la misma altura: ambas son pobres y marginadas (93/95).

## **INTERCAMBIO CULTURAL CON MUJERES AYMARAS DE BOLIVIA**

Este segundo intercambio se desarrolló entre mujeres aymaras en su expresión rural y urbana, y en dos países diferentes: Perú, donde los aymaras son una minoría y Bolivia, donde los aymaras son

el grupo étnico más importante.

Frente a una realidad rural altiplánica parecida entre los aymaras de Perú y Bolivia, destacó el acercamiento al ambiente urbano aymara de la ciudad de La Paz y a la adaptación de los migrantes aymaras a ésta.

En este contexto, los criterios de avance y atraso, de pobreza y de riqueza, adquieren una nueva dimensión. Las aymaras puneñas encontraron en Bolivia un mayor desarrollo de la cultura aymara, que incluye una mayor apropiación de elementos de la cultura occidental y que le permite una presencia en prácticamente todas las esferas de la sociedad, incluido el parlamento.

Dada la cantidad de ejes temáticos de este segundo intercambio cultural, sólo nos referiremos a algunos elementos de la cultura aymara, sus manifestaciones

y aceptación en ambos países y la relación entre mujeres aymaras del campo y de la ciudad, a manera de ejemplo.

Los testimonios siguientes fueron recogidos en forma colectiva de 22 mujeres aymaras, entre 28 y 55 años, de las comunidades de Tanapaca (Distrito de Acora) y Tarapoto (Distrito de Huacullani), del Departamento de Puno, entre marzo y julio de 1990 (1).

#### **Una identidad y una cultura en común**

“Ellas hablaban un aymara bonito y puro, de nosotras no es así...”(1) [2].

“El aymara que hablamos es diferente, ellas han hablado muy bien. De nosotras es diferente, y ellas se han reído... Por eso algunas hermanas teníamos miedo, pensando que podemos hablar mal” (2).

“De todas se ayudaban a hablar. Nosotras somos un poco miedosas; pero ellas no tienen miedo, eso es lo que me gustó, yo diría que debemos ser así” (3).



*Campeñinas aymaras ingresando a La Paz, Bolivia*